

13. PEDRO, ENVUELTO EN SU HUMANIDAD

Ni los evangelios ni el libro de los Hechos han evitado presentar a Pedro entre luces y sombras. Pedro proclamó la divinidad mesiánica de Jesús; pero por cobardía negó a Cristo. Pedro fue de los primeros llamados al seguimiento; pero, por miedo, ocultó su condición de discípulo. Pedro dejó atrás sus redes y su familia; pero le echarán en cara el “llevar consigo una mujer hermana” (1 Corintios 9,5). ¿Sería la prueba de que la fundación de la Iglesia sobre este pecador (Lucas 5,8), “la roca”, no es obra humana sino efecto de la gracia de Dios?

Pablo, enviado a llevar el evangelio “a las naciones”, definía la misión de Pedro como un “apostolado de la circuncisión” (Gálatas 2,8). De hecho la primera incursión apostólica de Pedro se orientó hacia la llanura de Sharon, en la zona costera, Lida y Jafa, donde habitaba una población mayoritariamente judía (Hechos 9,32-43). En un primer momento Pedro encuentra a cristianos, “los santos” que residían en Lida, quizá convertidos por el “evangelista” Felipe durante su campaña por la costa (Hechos 8,40). Pedro se quedó “bastantes días” en Jafa, en casa de Simón el curtidor como dejando un espacio entre la misión a los judíos y la apertura más allá de los límites del judaísmo.

Para obviar cualquier tipo de duda sobre la voluntad divina de abrir la predicación a los no judíos, el acercamiento de Pedro a Cornelio y la decisión de éste de acercarse a la fe cristiana reciben confirmación por las visiones celestiales que guían los movimientos de ambos. La voz de un ángel indica a Cornelio que mande a buscar a Pedro. Éste entra en éxtasis, ve un gran lienzo que era descolgado a tierra, “lleno de toda especie de cuadrúpedos, reptiles de la tierra y aves del cielo” (Hechos 10,11-12). Tanto la voz del ángel de Dios que le habla a Cornelio como la visión del lienzo con toda clase de animales que se le pone delante a Pedro para que mate y coma, son mencionados una segunda vez para alejar toda duda. También la efusión del Espíritu sobre el auditorio de Pedro se narra dos veces (Hechos 10,44-47; 11,15-17).

La intención del autor de este relato parece haber sido reservar para Pedro la decisión de abrir la puerta de la iglesia a los no judíos, si bien es probable que tanto el bautismo del eunuco por Felipe (Hechos 8,26-39) como la fundación de la iglesia de Antioquía hubieran sido anteriores en el tiempo. Fue en todo caso un paso decisivo por dos razones: por la aceptación de no judíos, no circuncidados, en un grupo religioso que era aún considerado parte del judaísmo; en segundo lugar, porque la entrada en casa de no judíos y el sentarse a la mesa con ellos iba a ser el gesto decisivo para fomentar la apertura de la iglesia a quienes no observaban ninguna restricción en los alimentos.

Este punto está claro en el evangelio de Marcos, pero falta en el evangelio de Lucas, que ha omitido Marcos 6,45 a 8,26 (la “gran omisión”). Es difícil explicar cómo una

enseñanza tan clara y radical de Jesús sobre la abolición de las normas de distinción entre alimentos, fuera ignorada por Pedro, el cual asegura por dos veces no haber comido nunca “cosa profana e impura” (Hechos 10,14; 11,8). La aceptación de no judíos en la iglesia saltándose la condición absoluta de la circuncisión y la observancia de las normas dietéticas fue una decisión que Pedro tomó algo a regañadientes. Es posible que la afirmación radical del evangelio de Marcos 7,1-23 sobre lo puro e impuro – un radicalismo que falta en el pasaje paralelo de Mateo 15,1-20 – sea reflejo de la práctica de las iglesias fuera de Palestina, una vez superadas las primeras reservas. En todo caso, el bautismo de Cornelio acompañado de expresiones carismáticas era la confirmación de que “el don del Espíritu Santo se derramaba TAMBIÉN sobre los gentiles”, καὶ ἐπὶ τὰ ἔθνη (Hechos 10,45). Igual que no había ya ningún alimento profano e impuro, tampoco se debía llamar a ninguna persona “profana e impura” (Hechos 10,28). Fue el precedente para la formación de una iglesia abierta a los no judíos en Antioquía. El hecho de que el bautismo de Cornelio tuviera lugar en Cesarea tiene también su importancia. La ciudad, reconstruida por Herodes el año 13 a.C., tenía un puerto artificial, que sería punto de partida y llegada para las incursiones misioneras por el Mediterráneo.

En Cesarea tuvo lugar también, la que puede llamarse “conversión” de Pedro. Aunque en principio los judíos, como pueblo elegido, evitaban contaminarse en el trato con no judíos, tanto en Israel como en la diáspora se promovían los contactos comerciales e incluso religiosos con la población que se interesaba por la ley y las prácticas religiosas de la sinagoga. Los judíos reconocían la calidad religiosa de quienes, como Cornelio, eran “justos y temerosos de Dios” y como tales podían ser acreditados por el pueblo judío (Hechos 10,22). También el centurión de Cafarnaúm es presentado como digno del milagro por ser “amigo” del pueblo judío y haber construido la sinagoga (Lucas 7,4-5).

Rompiendo el tabú de la comida, se rompía también el gueto social que a lo largo de la historia el pueblo judío ha promovido o soportado. Así lo expresa el discurso de Pedro en la casa de Cornelio: “Ahora comprendo con toda verdad que Dios no hace acepción de personas, sino que acepta al que lo teme y practica la justicia, sea de la nación que sea” (Hechos 10,34-35). La palabra enviada a los hijos de Israel es “la Buena Nueva de la paz que traería Jesucristo, el Señor de todos” (Hechos 10,36). Que Dios es imparcial será la tesis central de la carta de Pablo a los Romanos. La prueba de que Dios es imparcial será la efusión del don del Espíritu Santo sobre Cornelio y su familia. Es la misma consecuencia que Pablo atribuye a una “revelación” (Gálatas 1,12), cuando en él se reveló Cristo para que llevara el evangelio a las naciones (Gálatas 1,16).

El don del Espíritu incluso antes del bautismo era la confirmación de la decisión de aceptar en la iglesia al centurión romano y al grupo de neófitos en su casa. El razonamiento es similar al que guió a Felipe en su decisión de bautizar al etíope (Hechos 8,37). Cornelio

había sido definido como “piadoso y temeroso de Dios, al igual que toda su casa” (Hechos 10,2). Por el don del Espíritu se manifestó la gracia como prueba de la acción de Cristo.

La repetición de la decisión de Pedro de aceptar a Cornelio en la iglesia tiene también la intención de lograr que aquella decisión fuera aceptada por los demás apóstoles. Hay que destacar que Pedro no era criticado tanto por haber bautizado a Cornelio y a sus familiares, sino sobre todo por haber “entrado en casa de incircuncisos y haber comido con ellos” (Hechos 11,3). La crítica se sitúa en el plano del judaísmo: Pedro, judío, no tuvo miramientos en el trato con no judíos. El problema es que no todos los del grupo apostólico entendieron aquella conducta como afirmación de un principio de aplicación universal en la iglesia y no como algo excepcional.

La suerte de Pedro dio un cambio radical cuando “el rey Herodes decidió arrestar a algunos miembros de la Iglesia”, entre ellos también a Pedro (Hechos 12,1-3). El rey es Herodes Agripa I, hijo de Aristóbulo, el cual era a su vez hijo de Herodes el Grande y Mariamme I. El nombre de Agripa lo recibió de Marco Agripa, gran amigo del emperador Augusto y su representante en Oriente. Enviado a Roma para completar su formación, cultivó amistosas relaciones con la familia imperial. Su amistad con Calígula le consintió intervenir cuando el emperador pretendió colocar su efigie en el Templo de Jerusalén, lo cual hubiera sublevado a la población. Tanto Calígula como Claudio, que le sucedió en el trono imperial, dieron a Agripa el título de rey con dominio sobre los territorios palestinos: Galilea, Iturea, Traconítide, Abilene, Judea y Samaría. Bajo el reinado de Agripa I (41-44 d.C.), que fijó su residencia habitual en Jerusalén, el pueblo judío pudo soñar en el restablecimiento del reino de Herodes el Grande. Agripa supo ganarse el afecto de los súbditos mediante una conducta aparentemente observante de las prácticas religiosas del pueblo, como los ritos de purificación y la ofrenda de sacrificios.

Este deseo de “agradar a los judíos” (Hechos 12,3), así como su “devoción” a las prácticas del Templo, algo que contrastaba con el desinterés que los cristianos mostraban hacia el mismo Templo, fueron los motivos que llevaron a la decapitación de Santiago el Mayor, hermano de Juan, y a la prisión de Pedro. Es posible que en este tiempo fuera ya conocida la actitud más tolerante de Pedro (y de Santiago) hacia los no judíos, a los que se había abierto la puerta de la Iglesia. Una mayor tolerancia respecto de Santiago, “el hermano”, se explicaría porque éste era considerado representante del grupo más fiel al judaísmo, el grupo que orientaba a la comunidad judeo-cristiana de Jerusalén.

Más que la ejecución de Santiago, despachada someramente, el autor del libro de los Hechos narra la detención de Pedro. Agripa seguía así el ejemplo de su tío Herodes Antipas, que mandó encarcelar y posteriormente decapitar a Juan Bautista. Dada la actitud de Agripa hacia los judíos, a los que pretendía agradar, la primera persecución de la Iglesia en Jerusalén, que coincide con el reinado de Agripa, pudo tener una intención más política

que religiosa. La población no olvidaba la afrenta sacrílega intentada por el emperador Calígula y quizá un sector del pueblo no veía con buenos ojos la pretensión del nieto de Herodes de restaurar el esplendor del reino de su abuelo. De hecho el emperador Claudio mandó detener las obras de la tercera muralla de Jerusalén, por la sospecha de que el refuerzo de las fortificaciones fuera un pretexto para impedir futuras conquistas del ejército romano.

La liberación de Pedro de la cárcel sigue el esquema de otras liberaciones milagrosas, en particular la de san Pablo en Filipos (Hechos 16,25-32). Los rasgos fantásticos de la liberación han dejado su huella en el relato, pues se insiste en que no fue una ilusión, como se hace decir a Pedro: “Ahora sé realmente”, *νῦν οἶδα ἀληθῶς* (Hechos 12,11). Al salir de la cárcel Pedro se dirige a casa de María, madre de Juan Marcos, probablemente lugar de reunión de cristianos helenistas, como sugiere el nombre de la portera, Rode, esto es, Rosa. Después de narrar lo sucedido a los reunidos en la casa de María, Pedro pide que se lo comuniquen a Santiago y a los hermanos, ya que él “se encaminó a otro lugar”. La frase es tan imprecisa que ha dado pie a muchas interpretaciones, como que Pedro desaparece de Jerusalén para irse de misiones y confía la dirección de la comunidad a Santiago. Que según el ritmo del relato general Pedro seguía en Jerusalén, lo demostrará su presencia en la asamblea que juzgará la actuación de Pablo (Hechos 15). Lo más probable es lo obvio: para no ser nuevamente descubierto, Pedro buscó otro lugar lejos del alcance de su perseguidor. Los carceleros, según norma del derecho romano, probablemente adoptado aquí, fueron ejecutados.

El rey “bajó de Judea a Cesarea y se quedó allí” (Hechos 12,19). El traslado a Cesarea sirve de introducción al relato de la muerte del rey. Éste es efectivamente el que baja, no Pedro, como traduce la nueva versión oficial de la Conferencia Episcopal Española (Madrid 2011): “después Pedro bajó de Judea a Cesarea y se quedó allí” (Hechos 12,19). Para indicar que la persecución sólo pudo acabar con la muerte de Herodes, se refiere su muerte por una intervención sobrenatural, que hizo que el rey muriera “comido de gusanos” (Hechos 20-23).

La muerte de Agripa la describe también Flavio Josefo, con rasgos todavía más fantasiosos. Lo que hace gritar a la gente no fue el discurso del rey, sino el resplandor de su vestido. La herida del rey no la causa un ángel, sino una lechuza, mensajera, *ἄγγελος*, de calamidades. Lucas ha recogido la leyenda de la muerte horrible del rey como un motivo de consolación para los perseguidos, que tendrían así la prueba de que Dios no dejaba sin su merecido a los perseguidores. A la muerte de Agripa el emperador Claudio redujo el territorio a su estado anterior, bajo la administración de un procurador, Cuspido Fado, dependiente del gobernador, legado, de Siria.